

y su temblor rosáceo en las combadas  
corazas se refleja,  
y para siempre deja  
notas de amor en todas las miradas.

Es como la pintada profecía  
que hace el fino diseño  
del paisaje limeño:

¡un leve tono rosa en la armonía  
de un gris de perla y sueño!

¡Y es algo más! El símbolo divino  
de la Fuerza a la Gracia sometida  
y el poder perdurable ante la vida  
de lo suave, lo efímero y lo fino.

Y se forma el cortejo de la rosa  
como para una majestad. Un lento  
son de campana eleva su armoniosa  
balada en la frescura del momento,  
un encanto pascual  
se diluye en la hora matutina,  
y a la naciente catedral camina  
el cortejo floral.

Con un ardor sincero  
marcha el cortejo con su rosa nueva  
hacia la catedral; y es el primero  
de nuestros arzobispos quien la eleva  
a la Virgen María  
en la iglesia inconclusa todavía.

Jerónimo de Loayza alza la flor  
con un voto recóndito y profundo,  
y le pide a la Virgen con fervor  
que en este Nuevo Mundo  
deje caer los dones de su amor.

Y mientras como una hostia alza el prelado  
la flor,  
entre el rumor